

Pero la estadística no decía «si estas gentes eran ante todo jefes y sólo accesoriamente ejercían el oficio de jornaleros, ó bien si eran jornaleros ante todo». En el censo de 1895, estos dos elementos fueron cuidadosamente separados; se incluye también entre los jefes un cierto número de agricultores que en 1882 estaban en las listas de jornaleros. Por esto parece demasiado pequeño el número de jefes en 1882, mientras que, por el contrario, el de los asalariados parece demasiado grande. Esto es lo que caracteriza el hecho de que en el campo la línea de demarcación entre los asalariados y los jefes no esté claramente marcada.

Hoy ya no es posible determinar hasta qué punto era pequeño el número de jefes en 1882 y grande el de los asalariados, pero las diferencias entre las cifras de la estadística y las cifras reales debían ser considerables, si se observa que desde 1882 á 1895 el número de los criados de granja y de los jornaleros no propietarios ha aumentado, mientras que el de los jornaleros propietarios marca una disminución tan enorme. Si incluimos estos últimos en 1882, como en 1895, en el número de jefes, obtendremos para 1882 la suma de 3.119.024 y para 1895 la de 3.905.111; por consecuencia, en lugar de un aumento de 270.008, hay una disminución de 213.613; en cambio, el número de los criados de granja, que no forman parte de la familia, y de los jornaleros no propietarios, se eleva en 1882 á 2.962.862 y en 1895 á 3.164.185, lo que revela un aumento de 201.323.

El número de los verdaderos proletarios ha aumentado, pues; en cambio, el número de jefes y elementos híbridos que se encuentran entre ellos y el proletariado, disminuye, sin que se pueda ver

claramente si esta disminución se produce más bien á expensas de los primeros que de los segundos. En todo caso, estas cifras indican que los contrastes sociales están cada vez más marcados en la agricultura.

Pero el movimiento es más lento y los cambios de condiciones son menos importantes que en el comercio y la industria.

Si pasamos á la estadística de la explotación, comprobamos que estos cambios son imperceptibles en cada una de las divisiones por extensión y que son diferentes según el país y hasta según las regiones. La extensión de las explotaciones ha aumentado y disminuído:

En Alemania, desde 1882 á 1892:

En menos de 2 hectáreas...	—	17.494 hectáreas	—
— 2-5	—	95.781	—
— 5-20	—	+ 563.477	—
— 20-100	—	38.333	—
En más de 100	—	+ 45.533	—

En Francia, desde 1882 á 1892:

En menos de 1 hectáreas..	+	243.420 hectáreas.	—
— 1-5	—	108.434	—
— 5-10	—	13.140	—
En menos de 10-40	—	532.243	—
En más de 40	—	+ 197.288	—

En Inglaterra, desde 1885 á 1895:

1-5 acres 0.40-2 hectáreas	—	22.885 acres.	—
5-20 — 2-8	—	+ 10.880	—
20-50 — 8-20	—	+ 40.449	—
50-100 — 20-40	—	+ 138.683	—
100-300 — 40-120	—	+ 217.429	—
300-500 — 120-200	—	127.223	—
En más de 500 — en más de 200	—	226.807	—

El desarrollo es, pues, completamente distinto en Francia que en Alemania y en Inglaterra. En estos dos países las explotaciones medias ganan terreno; en Francia son las pequeñas, es decir, las explotaciones proletarias y las grandes, es decir, las explotaciones capitalistas. En la misma Alemania, vemos que la gran explotación tiene una tendencia á decrecer donde antes dominaba, y á crecer donde antes era inferior.

El primer caso se presenta al Este del Elba, el segundo en la Alemania del Sur y en las provincias del Rin.

De 100 hectáreas de terreno cultivado, las explotaciones de más de 100 hectáreas ocupaban:

	1882	1895	
Prusia Oriental.....	38,60	39,47	+ 0,87
Prusia Occidental....	47,11	43,66	— 3,45
Brandeburgo.....	36,32	35,24	— 1,08
Pomerania.....	57,42	55,13	— 2,29
Posnanía.....	55,37	52,19	— 3,18
Silesia.....	34,41	33,86	— 0,55
Mecklenburgo-Schwerin.....	59,89	59,95	+ 0,06
Mecklenburgo-Strelitz	60,89	60,68	— 0,21

Así es que, excepción hecha de la Prusia Oriental y del Mecklenburgo-Schwerin, hay disminución en todas partes.

Lo contrario ocurre en las demás provincias:

	1892	1895	
Hannover.....	6,92	7,14	+ 0,22
Wesfalia.....	4,77	5,30	+ 0,53
Hesse-Nassau.....	6,69	7,34	+ 0,65
Provincia del Rin....	2,67	3,51	+ 0,84
Baviera.....	2,26	2,57	+ 0,31
Wurtemberg.....	2,00	2,14	+ 0,14
Gran ducado de Baden	1,80	3,06	+ 1,26
Alsacia-Lorena.....	7,31	7,38	+ 0,07

Los demás países no muestran ningún cambio, ó muestran modificaciones demasiado pequeñas para dar resultados útiles. Observemos que encontramos + en todas las provincias del Sur y del Oeste. Allí donde domina la pequeña explotación agrícola, la gran explotación tiene una tendencia, aunque poco marcada, á aumentar. Allí donde predomina la propiedad agraria, hay, por el contrario, tendencia al fraccionamiento del territorio explotado. Pero esto no es idéntico á la disminución de la explotación. Observamos actualmente, al Este del Elba, dos tendencias; el cultivo se hace más intensivo, y, por consiguiente, más capitalista. Pero un gran número de las propiedades al Este del Elba son demasiado extensas para prestarse al cultivo intensivo.

Además, los propietarios carecen de capitales. Se procuran el dinero necesario vendiendo á pequeños agricultores los terrenos demasiado alejados del centro de la explotación.

Pero el desarrollo de los medios de comunicación, que expone á la agricultura de estas provincias á la competencia de las provincias agrícolas más avanzadas y le obliga á la explotación intensiva, la quita al mismo tiempo los elementos necesarios para esta explotación, es decir, los obreros: de

aquí provienen los ensayos para adherirles á la gleba concediéndoles *rentengüter* (1) y otras ventajas. A lo cual se debe la quiebra de la gran explotación, allí donde estos medios no triunfan. En uno y otro caso llegamos al fraccionamiento de la gran propiedad agraria. Precisamente el desarrollo en el sentido de la explotación capitalista moderna, es quien favorece en las provincias del Este de Elba el aumento de las pequeñas explotaciones é inicia el dominio de los grandes propietarios.

Nada indica que nos encaminemos hacia la desaparición de la gran explotación, pero tampoco nada hace prever que ella absorberá á las pequeñas explotaciones. Ninguna de estas dos categorías gana efectivamente terreno. La regresión que se produce por un lado está compensada por el progreso que se manifiesta en el otro.

Si consideramos tan sólo la estadística de extensiones territoriales de las explotaciones, parece que la agricultura no cambia, sino que permanece estacionada. Pero también ella realiza una evolución; cada vez se hace más tributaria de la industria.

Se ha acabado ya el ideal de la pequeña explotación independiente, y el dominio de una familia de aldeanos produciendo sin jornaleros todo lo que hace falta; esta forma de explotación aún preponderaba en Europa á principios de nuestro siglo; en nuestros días casi ha desaparecido.

En lugar de ser á la vez agricultor y artesano, el aldeano es ya sólo agricultor, y en la misma agri-

(1) Le llaman *Rentengüter* á las tierras adquiridas al precio de una renta en dinero ó en especie.

cultura, asistimos á una especialización de los productos, que cada explotación fabrica para el mercado; el aldeano es cada vez más tributario del mercado; es decir, de la sociedad; su trabajo se convierte cada vez más en una parte del gran trabajo social, representado por la producción de las mercancías, la cual es dominada por la producción industrial.

En el lugar del aldeano que sólo trabaja para sí y con las únicas fuerzas de la familia, aparece por un lado el aldeano que emplea jornaleros y por otro el pequeño aldeano, cuya explotación no es más que un pormenor de menaje y que saca su renta de su oficio de jornalero en la agricultura y la selvicultura, de pequeño aldeano ó finalmente de obrero en una de las grandes fábricas que invaden poco á poco los campos. De este modo los grandes y pequeños aldeanos se hacen cada vez más tributarios de la industria. Esto lo muestran claramente las cifras que ofrecen las estadísticas del Imperio, los grandes Estados y algunas provincias de Alemania.

Entre los propietarios de explotación agrícola había ocupados (por 100):

	Agricultura independiente.	TRABAJO ASALARIADO			TOTAL
		Agricultura.	Industria.	Vario	
Imperio alemán...	44,96	12,90	14,23	3,96	31,09
Prusia.....	40,62	16,39	15,82	4,19	36,40
Baviera.....	64,79	5,19	6,02	2,20	13,41
Sajonia.....	38,54	4,63	19,34	4,56	28,53
Wurtemberg.....	59,53	3,53	7,80	2,32	13,65
Gran ducado de Baden.....	59,80	3,69	10,38	3,21	17,28
Hesse.....	44,89	8,79	13,34	4,21	26,34
Alsacia-Lorena....	52,35	6,51	14,59	3,46	24,56
DISTRITOS DE					
Magdeburgo.....	25,85	22,88	20,73	5,30	48,91
Merseburgo.....	29,13	17,37	24,79	4,07	46,59
Erfurt.....	32,87	11,59	17,32	4,30	32,21
Heldesheim.....	26,08	14,38	22,41	7,65	44,44
Münster.....	44,40	5,67	20,51	3,70	29,88
Arnsberg.....	16,19	3,89	45,43	6,15	55,47
Dusseldorf.....	21,11	5,74	31,95	5,14	42,83

En Baviera, donde son más numerosos los asalariados industriales que poseen una explotación agrícola es en el Palatinado (14,11 por 100 del total de propietarios de explotación por 47,57 por 100 de agricultores independientes y 6,06 por 100 de obreros agrícolas); en Sajonia, distrito de Dresde (22,15 por 100 del total de propietarios de explotación agrícola son obreros industriales contra 34,51 por 100 de agricultores no asalariados y 9,16 por 100 de obreros agrícolas), en Wurtemberg es el círculo del Neckar (8,75 por 100 contra 58,73 por 100 y 3,14 por 100), en el gran ducado de Baden el distrito de Carlsruhe (14,28 por

100 contra 60,43 por 100 y 2,16 por 100) en Hesse, la provincia de Starkenburgo (19,20 contra 100 por 37,69 por 100 y 8,41 por 100). Los obreros industriales, propietarios de explotaciones agrícolas, son más numerosos que los agricultores no asalariados en los pequeños Estados:

	Agricultores no asalariados.	Obreros industriales.
Brunswick.....	21,77 %	25,82 %
Anhalt.....	20,07 %	28,06 %
Reuss.....	29,34 %	31,18 %
Sehaumburgo-Lippe.....	23,54 %	30,08 %
Lippe.....	31,96 %	36,36 %

Ya se ve cuán erróneo es el contar como aldeano á todo propietario de explotación agrícola.

Los aldeanos forman la minoría de la población agrícola, donde las personas que viven de su industria se reparten en 31 por 100 de jefes y 69 por 100 de asalariados; no forman tampoco la mayoría de los propietarios de explotaciones agrícolas del Imperio (sólo 45 por 100 de los propietarios son verdaderos agricultores independientes); hasta son en las regiones industriales menos numerosos que los asalariados de la industria poseedores de explotaciones agrícolas.

Los verdaderos agricultores independientes no poseían en 1895 más que 2.499.130 explotaciones agrícolas de 5.558.317. El número de los agricultores no asalariados que tienen un oficio accesorio, era 504.164. Es, pues, una exageración colosal el hablar, como hace Bernstein, «de más de cinco millones de explotaciones agrícolas que tienen un carácter privado», que permanecerían aunque se so-

cializaran todas las explotaciones que pasan de 20 hectáreas. Cerca de tres millones de estas explotaciones agrícolas son simples ocupaciones accesorias anejas á los hogares de los labradores ó de los artesanos, y que sólo débilmente contribuyen á la producción de las mercancías. El Socialismo significa organización del trabajo social, es decir, de la producción de las mercancías. La organización del trabajo doméstico no es uno de sus principales problemas. Las *empresas* de fruteros, peluqueros y castañeros no opondrán al Socialismo mayor obstáculo que los campos de coles y patatas de los obreros agrícolas y de los obreros industriales del campo.

Pero ¿no quedan aún más de dos millones de explotaciones que se pueden considerar como ejercidas por aldeanos? Sin duda; pero también ellas son cada vez más tributarias de la gran industria, aunque de distinto modo que los aldeanos.

Uno de los fenómenos más chocantes de la evolución económica moderna es el descenso de la renta agraria, y con frecuencia del provecho agrícola. Es una necesidad de las más urgentes para el explotador agrícola, la de cubrir el déficit de su explotación con un oficio más provechoso, y recurrir á la industria del campo ó á la que lleva como primeras materias los productos de su explotación. Otra razón le impele á ello, y es que los obreros agrícolas son cada vez más escasos. La agricultura no tiene fuerza para adherir sus obreros á la gleba y la industria les ofrece una vida más inteligente. Sólo la creación de una industria es capaz de retener á los obreros en el campo.

La unión de la industria y de la agricultura es, pues, cada vez más, una cuestión vital para esta

última; después de la gran propiedad, las pequeñas explotaciones se esfuerzan en formar Sociedades cooperativas, para aprovechar las ventajas de esta forma de explotación.

La industria, en su calidad de modo de producción más moderno y más provechoso, aparece en esta alianza como el principal factor; la agricultura es cada vez más tributaria de ella, y como reina en la industria agrícola la misma tendencia á la concentración que en la otra industria, la agricultura sigue el movimiento.

Es verdad que esto no aparece en la estadística del territorio agrícola. De igual modo que la estadística no diferencia á los «obreros industriales domésticos» explotados por el capitalismo, del artesano no asalariado que ejecuta los encargos de su clientela, no indica tampoco si una explotación agrícola es completamente independiente ó no es más que una parte de una gran explotación colectiva.

A pesar de esto, la tendencia siempre creciente de las explotaciones agrícolas, á hacerse tributarias de explotaciones industriales, es tan grande y evidente, que no necesita ser probada. Si, descontando los agricultores que trabajan para otro, se reduce de cinco á dos millones el número de las explotaciones agrícolas que la socialización debiera abandonar á la iniciativa privada, el número de estos últimos aún bajaría mucho, si no se suprimieran todas las que dependen de una explotación industrial. Si se socializaran las 400 refinerías de azúcar, se pondrían al mismo tiempo á las 113.244 explotaciones agrícolas, dedicadas al cultivo de la remolacha, bajo la completa dependencia económica del Estado.

Hay 148.082 explotaciones interesadas en Sociedades lecheras. ¿Cuántos productores de leche, legumbres, frutas no son hoy día más que los proveedores de las grandes fábricas de conservas, etc.? También hay que tener en cuenta las explotaciones agrícolas que no están en relación económica directa con un establecimiento determinado, pero que dependen, por su naturaleza, de una determinada rama industrial. En cuanto ésta se halla en sazón para ser socializada, aquéllas siguen su ejemplo. En los países donde existe el monopolio del tabaco, las fábricas de éste son sólo grandes explotaciones, pero los pequeños cultivadores de tabaco no son los amos de sus casas; su cultivo y la venta de su producto están completamente sometidos á la vigilancia de la autoridad. En Alemania un monopolio del tabaco quitaría á la explotación privada más de 150.000 plantadores.

A todo esto hay que añadir otro hecho. El modo de producción capitalista tiene una tendencia á separar la propiedad agraria de la explotación agrícola, de tal modo que el propietario agrario y el agricultor se convierten en dos personas distintas. Esto es evidente en el sistema de arrendamiento, pero en realidad lo mismo ocurre con el sistema de las hipotecas. Las funciones del acreedor hipotecario corresponden á las del propietario agrario en el sistema de arrendamiento. Por ambos lados son igualmente sencillas y consisten en embolsarse la renta agraria sin participar en el trabajo de la producción.

A medida que el sistema de arriendo se desarrolla y que progresa la deuda hipotecaria, los agricultores que no tienen ningún interés en poseer una tierra en propiedad, se hacen más numerosos. Se

interesan mucho más en la socialización de la propiedad agraria y de las deudas hipotecarias, lo que no es en verdad una aplicación del Socialismo á la agricultura, sino un progreso considerable en un Estado democrático. Se observa que el sistema de arrendamiento aumenta.

Cuadro de las explotaciones agrícolas en el Imperio alemán en 1895.

	Tierras exclusivamente arrendadas.	Tierras arrendadas en todo ó en parte	Tierras no arrendadas
1882	829.137	2.322.899	2.953.445
1895	912.959	2.607.210	2.951.107
Aumento ó disminución.....	+ 83.822	+ 284.311	— 2.338
	PROPORCIÓN % PARA CADA CATEGORÍA		
1882	15,7	44,02	55,98
1895	16,4	46,91	55,09
Aumento ó disminución.....	+ 0,7	+ 2,89	— 2,89

Es sabido que la deuda hipotecaria de la propiedad agraria aumenta.

Para evitar una equivocación, observemos que el aumento de la deuda no indica necesariamente una decadencia de la agricultura. Puede resultar, como el aumento de los arriendos, de una alza de la renta agraria, de un progreso de la agricultura. Pero el crecimiento de las deudas hipotecarias prueba, en todo caso, que la separación de los agricultores y de los propietarios agrarios se acentúa, que la renta agraria tiende cada vez más á hacerse autónoma y que el interés que se toma el agri-

cultor por la propiedad privada del suelo, disminuye. Si la deuda agraria ha crecido en Prusia un millar y medio de marcos en diez años (1886-1895), es porque en este lapso de tiempo una cantidad igual de bienes agrarios ha pasado de las manos de los agricultores á las de los acreedores hipotecarios.

Pero al mismo tiempo se efectúa la concentración de las deudas hipotecarias en algunos bancos y cajas de ahorro, y con más rapidez aún que la concentración de las tierras de cada una de las explotaciones.

Esta concentración es innegable. Se ha observado que los bancos hipotecarios no eran, propiamente hablando, acreedores de los agricultores, sino los intermediarios entre ellos y los capitalistas compradores de las obligaciones agrarias. Hay ahí, en efecto, una gran diferencia para los capitalistas, pero no para los agricultores. Estos se entienden con el Banco y no con los corredores de obligaciones. El Banco es quien les quita la supervalía, quien les hace vender sus bienes por la autoridad de la justicia cuando no pueden pagar los intereses. En lugar de las relaciones complicadas é interminables entre millares de usureros y millares de aldeanos, tenemos relaciones uniformes entre estos últimos y un pequeño número de establecimientos de crédito, que están bajo la inspección del Estado y cuya socialización es muy sencilla desde el punto de vista técnico.

Vemos, pues, que la concentración del capital no es ociosa ni aun en los campos. Sin duda la esperanza expresada por Marx, en su manifiesto inaugural de la *Internacional*, no se ha realizado; la simplificación de la cuestión agraria por la con-

centración de toda la propiedad agraria en algunas manos, no se ha producido. Sin embargo, la concentración del capital tiende á hacer participar la agricultura en el desarrollo de la producción á colectiva, por la transformación de los pequeños aldeanos en asalariados, por la fusión progresiva de la agricultura y de la industria, por el aumento del sistema de arriendo y de las deudas hipotecarias, que se centralizan cada vez más en grandes establecimientos colectivos.

No llegaremos, evidentemente, á descubrir en el funcionamiento de la agricultura la misma sencillez y la misma claridad que en la industria. Nos encontramos en presencia de numerosas tendencias contrarias, cuyos efectos se contrarían; las clases no están en ella claramente separadas, principalmente allí donde el sistema de arriendo está poco desarrollado y donde la masa de los patronos y también con frecuencia la de los asalariados, participa de la propiedad agraria. Las relaciones entre las clases cambian á menudo según las estaciones. Con un mes de intervalo, el mismo aldeano puede ser patrón y asalariado; si se añade á esto el aislamiento de los aldeanos y las diferencias locales de condición que de ello resultan, se comprenderá la dificultad que tiene el proletariado de los campos para hacerse cargo de sus necesidades y de sus deberes de clase.

No debemos hacernos ilusiones sobre las dificultades de la propaganda en los campos. No es fácil establecer teóricamente sus bases. Pero no es menos cierto que la concentración del capital se extiende por los campos y hace sentir su acción, aunque por caminos indirectos, en el dominio de la agricultura como en el de la industria.

Si la esperanza que Marx alimentaba respecto á la concentración de la propiedad territorial ha fallado en parte, la que experimentaba respecto á la producción moderna, tomada en su conjunto, se ha realizado brillantemente. Los «grandes capitalistas» que «monopolizan todas las ventajas de la transformación capitalista» han llegado á ser una realidad, en el corto espacio de tiempo transcurrido desde que Marx escribía esta frase, y se convierten cada vez más en una realidad á medida que la concentración del capital se completa bajo la forma de *cartels* y de *trusts*.

Todas estas organizaciones son modernas. Las tentativas hechas para monopolizar el comercio ó desterrar la competencia por la supresión de los competidores y el acaparamiento de las mercancías, son muy antiguas y se encuentran en el origen mismo del desarrollo comercial.

Pero la supresión de la competencia en la producción, la monopolización de ramas industriales enteras por la fusión de todas las explotaciones en una sola, la monopolización, no sólo de las ramas industriales de una ciudad pequeña, sino de un gran Estado y hasta del mundo entero, no sólo de las ramas industriales que producen artículos de lujo, sino también de las que fabrican productos necesarios al consumo diario de las masas, semejante monopolización es de fecha reciente. Sólo después de la muerte de Marx (1883) ha adquirido importancia económica. Pero después ha progresado de tal modo, que domina cada vez más la vida económica y hasta política de las naciones capitalistas. No insistiremos ahora, puesto tendremos ocasión de hablar de los *cartels* y de los *trusts* á propósito de la teoría de las crisis.

La alta banca siempre ha tenido bajo su dependencia á los Gobiernos, gracias á la deuda pública. Pero los reyes modernos de la banca dominan directamente á las naciones por los *cartels* y *trusts* y son dueños de toda la producción. Sobre todo, los Sindicatos formados por los productores de las materias indispensables á todas las grandes industrias, es decir, del hierro y del carbón, son los que determinan la política interior y exterior y el conjunto de la vida económica.

La lucha contra ciertos *cartels* hace nacer otros *cartels* en las industrias tributarias de las primeras, y produce la fusión de las explotaciones de distintas naturalezas en una explotación gigantesca única. Asistimos actualmente en Alemania á una lucha entre el Sindicato de los carbones, que hace subir el precio del carbón y los metalúrgicos, que no quieren prestarse á esta especulación. Grandes fábricas, fundiciones y acererías, tratan en este momento de sustraerse á la dominación de los *cartels* de carbones, comprando minas. Pero los *cartels* de metalúrgicos imitan al Sindicato de los carbones y suben sus precios todo lo que pueden. En Austria el sindicato del hierro pone en un aprieto á todas las industrias que lo consumen en gran cantidad. Esto conducirá tal vez á la reunión de los consumidores de hierro en sindicato que adquirirán y explotarán por sí mismos las fábricas.

Es sabido que las explotaciones colosales, como los caminos de hierro, tienen ya, desde hace mucho tiempo, sus minas de carbón y sus fábricas de locomotoras. La reunión en *cartels* y *trusts* de diferentes explotaciones de la misma naturaleza, y por otra parte la concentración de varias explotaciones de diferentes naturalezas en una sola mano;

tales son los hechos que caracterizan mejor la vida económica actual. Estas concentraciones se producen cada vez más. No pasa un solo día, en este período de apogeo industrial, que no vea nacer un *cartel* nuevo. Las industrias agrícolas siguen el movimiento. Al *ring* de los alcoholes sucede el *cartel* de los azúcares; y ya se habla de un *cartel* de las mantecas, fundado por las grandes lecherías.

Esta evolución, comenzada hace apenas veinte años, sólo ha sido posible gracias á la concentración del capital, que la favorece poderosamente. Los *cartels* y los *trusts* son la mejor prueba de que la teoría marxista de la concentración es, no sólo exacta en algunos puntos, sino que se halla absolutamente conforme con la realidad de los hechos. Pero Bernstein, que en su crítica de la teoría de la concentración no omite el menor campo de coles ni la más insignificante costurera, permanece mudo sobre los Sindicatos industriales, es decir, sobre el hecho más importante que se ha producido fuera de la crisis agraria, en la vida económica, desde la muerte de Marx, y cuyo estudio es indispensable á todo el que se proponga trabajar en el desarrollo de la teoría económica de Marx.

Bernstein ignora los *cartels* cuando son favorables á la teoría de Marx. Sólo habla de ellos cuando los cree contrarios á esta teoría, por ejemplo, en su capítulo sobre la teoría de las crisis.

c) Aumento del número de poseedores

Bernstein no ha probado nada que pueda determinar á abandonar la teoría marxista de la concentración progresiva del capital. Esta teoría está comprobada del modo más concluyente por el

censo industrial, así como por la organización de *cartels* y *trusts*, y la evolución de la economía rural demuestra que no es incompatible con la teoría de Marx.

Así, pues, concentración progresiva del capital significa disminución progresiva (al menos relativamente) de las pequeñas explotaciones, aumento de las grandes empresas y, por consiguiente, aumento también del número de proletarios, y hasta cierto punto de los capitalistas; pero también quiere decir disminución del número de los pequeños empresarios y, por consiguiente, aumento de los no propietarios, disminución de los propietarios.

Bernstein no es de esta opinión. En su declaración al Congreso socialista de Stuttgart, decía:

«La agravación de la situación económica no se ha efectuado como lo había predicho el *Manifiesto comunista*. Es no sólo inútil, sino hasta muy necio el disimular este hecho. El número de los propietarios no ha disminuído, sino aumentado. El enorme aumento de la riqueza social no va acompañado por la disminución del número de capitalistas de todos los grados. Las capas medias modifican su carácter, pero no desaparecen de la escala social.»

Repíte estas afirmaciones aún con más claridad en su obra.

«Es, pues, absolutamente errónea la afirmación de que la evolución económica tiende á una disminución relativa, y aun absoluta, del número de propietarios. No *más ó menos*, sino simplemente

más, es decir, absoluta y relativamente el número de propietarios aumenta. Si la acción y las perspectivas de la Democracia Social dependieran de la disminución del número de propietarios, entonces podría ésta efectivamente echarse á dormir. Pero lo verdadero es lo contrario. *Las perspectivas de la Democracia Social no dependen de la retrogradación, sino del aumento de las riquezas sociales.* El Socialismo y el movimiento socialista de los tiempos modernos han sobrevivido ya á varias supersticiones. También sobrevivirán á la que subordina su porvenir á la concentración de las riquezas ó, si se quiere, á la absorción de la supervalía por un grupo siempre más reducido de mamuts capitalistas.»

Y añade más adelante:

«Que el número de propietarios aumente en lugar de disminuir, no es una invención de economistas-armonistas burgueses, sino una verdad inquebrantable hoy día, notablemente revelada, con gran disgusto de los interesados, por los empleados del fisco. ¿Pero qué tiene que ver este hecho con la victoria del socialismo? ¿Por qué la realización del socialismo ha de depender de la confirmación ó de la negación de este hecho? Pues únicamente porque el esquema dialéctico parece quererlo así.

En apariencia, estas afirmaciones no dejan nada que desear desde el punto de vista de la claridad. Pero en cuanto se las examina de cerca, se tropieza con una obscuridad. Bernstein habla de propietarios. ¿Quiénes son? Marx no estableció en el *Capital* una teoría del aumento ó de la disminución del número de propietarios. En efecto, és-

tos no forman ninguna clase especial. Si se llama *propietario* al que posee algo, los asalariados son propietarios también. ¿No poseen trajes, ropa blanca, muebles la mayor parte, algunos una casita y un campo de patatas? Marx no pretende, ni en el *Capital* ni en el *Manifiesto*, que disminuya el número de los propietarios.

Pero pone de relieve el aumento del número de proletarios, «de la clase de los trabajadores modernos que sólo viven cuando encuentran trabajo, y que sólo encuentran trabajo cuando su trabajo aumenta el capital». Si su lucha de clase termina con su victoria, ésta les llevará necesariamente al Socialismo. Pero ¿cómo puede esta lucha llevarles á la victoria, si el número de proletarios no aumenta absoluta y relativamente? Cuando Bernstein pretendía que el número de propietarios aumenta en lugar de disminuir, era cosa muy natural el considerar esta vaga expresión como sinónima de disminución relativa del proletariado. Pero ¿de qué procedía entonces su confianza en la victoria del Socialismo? Debemos recordar que en su capítulo sobre el materialismo económico, Bernstein insiste sobre el hecho de «que el grado de la evolución actualmente alcanzado deja á los factores éticos el campo más libre que antes para una acción independiente.» Podría, pues, admitirse que Bernstein esperaba la victoria del Socialismo de estos factores éticos, independientemente de las condiciones económicas, y no de la lucha de clase del proletariado. Esta era también mi opinión y fui confirmado en ella por las explicaciones (ya citadas) que dió en el *Worwaerts*: decía allí que era imposible é inútil dar al Socialismo un fundamento materialista, y consideraba como garantía de su vic-

toria el sentimiento de justicia *de los hombres*.

«Precisamente porque reconozco, dice, el poder del sentimiento de justicia como factor impulsivo de la evolución social, no atribuyo á cuestiones como la del aumento ó disminución de los propietarios, la importancia que le dan y deben darla los que sostienen la tesis «de la necesidad económica inmanente del Socialismo».

Pero yo fuí bien recibido cuando pretendí que, si Bernstein pronosticaba la victoria del Socialismo á pesar del aumento del número de propietarios, la esperaba lo mismo del sentimiento de justicia de los que poseen, que del de los que no poseen nada. El menor reproche que me hizo Bernstein en su réplica fué decir que me había groseramente equivocado:

«Por profunda que sea su crítica de mi concepción espiritualista, Kautsky no me hará decir la necesidad de que espero la victoria del Socialismo del sentimiento de justicia de los propietarios actuales.

»Porque el sentimiento de justicia, es el sentimiento que yo tengo de tener el derecho de mi parte. Sólo considera imposible é inútil el hacer derivar el Socialismo exclusivamente de la Economía política. La concentración de los medios de producción no necesita conducir al Socialismo; aún no está probado que sea incompatible con otras formas sociales. El Socialismo sólo se hace necesario si al lado de esta concentración, se esfuerza la clase de los no-propietarios, con perfecto conocimiento de causa, en sustraer los medios de producción centralizados á la explotación privada y de par-

ticipar legalmente á la explotación social de la producción.»

No debe suponerse á Bernstein tan necio, que espere la victoria del Socialismo del sentimiento de justicia de los propietarios; la victoria será el resultado de la concentración de los medios de producción y también el esfuerzo consciente de la clase no propietaria. Pero, según Bernstein, sólo el «esquema dialéctico» es quien hace depender la victoria del Socialismo del aumento «de la clase no propietaria» y, por consecuencia, de la disminución «de los propietarios».

Los no propietarios son hoy día demasiado débiles para realizar la evolución socialista. Pero, según Bernstein, los propietarios son cada día más poderosos. No hay que esperar nada de su sentimiento de justicia, y sin embargo, la victoria del socialismo es indudable. ¿Cómo? ¿Por qué? No hemos adelantado nada ni antes ni después. Mi discusión con Bernstein no nos ha enseñado tampoco lo que él entiende exactamente por *propietarios*. Yo le había remitido á las cifras del censo de profesiones. Según estas cifras, los jefes de la industria, del comercio y de la agricultura, que formaban en el Imperio alemán en 1882 el 32 por 100 de las personas que vivían de su industria, no constituían más que el 29 por 100 en 1895; por el contrario, el número de los obreros asalariados y de los empleados ha ascendido del 68 al 71 por 100. Esto sí que es un aumento del proletariado.

A esto respondió Bernstein en el *Vorwärts* del 26 de marzo:

«Es exacto que en los países avanzados, el número de los obreros asalariados crece más deprisa que el total de la población. Pero no se me ha ocurrido nunca negarlo. Kautsky ve en mis palabras cosas que no hay.»

Es esta ciertamente una mala costumbre, y temo no poder desecharla fácilmente, mientras Bernstein nos deje en la incertidumbre sobre la significación de las expresiones que emplea.

En su declaración de Stuttgart tan pronto habla de propietarios como de capitalistas. En el *Vorwärts* (21 abril) declara que la palabra *propietario* la emplea en el sentido de «gentes que sacan una renta elevada de su patrimonio». Estos serán, pues, capitalistas y grandes propietarios territoriales.

Bernstein no dice que el número de los grandes propietarios territoriales aumente. Pero Marx y Engels no han negado que el número de los capitalistas aumente. Este aumento es más bien una consecuencia natural de la extensión del modo de producción capitalista. El número de las grandes explotaciones industriales (que ocupan más de 50 personas) se ha elevado desde 1882 á 1895 en el Imperio alemán, de 9.974 á 18.995, es decir, el 90 por 100. Si la población capitalista ha crecido en las mismas proporciones, lo que en verdad no puede establecerse, casi se ha duplicado en el espacio de trece años.

Por consiguiente, si Bernstein sólo pretendía que el número de capitalistas, de los «que sacan una renta elevada de su patrimonio», aumente, tendrá completa razón. Pero al mismo tiempo la población proletaria ha crecido mucho más

que el total de la población. Ya puede afirmarse que el aumento de los capitalistas no debe producirse á expensas del proletariado, sino á expensas de las demás capas populares, es decir, de los pequeños burgueses y de los aldeanos.

El *Manifiesto comunista* no dice otra cosa. Pero precisamente esta evolución de las condiciones sociales es la que niega Bernstein. No quiere, pues, asimilar los *propietarios* á los capitalistas.

En la página 86 de su libro hace Bernstein la siguiente observación:

«Bien entendido, todos los beneficiados por rentas elevadas no son *propietarios*, pero la importancia de su número se ve en el hecho de que en el año 1895-96, en Prusia, 1.152.332 contribuyentes han sido clasificados como si pertenecieran al grupo que goza de una renta de *propiedad* de más de francos, 7.200. Más de la mitad de estas personas, 598.063, estaban impuestas á razón de una fortuna limpia de más de 24.000 francos, y 385.000 á razón de una fortuna de más de 38.400 francos.»

En el *Vorwärts*, Bernstein hace observar, como ya se ha visto, que él entiende por propietarios las gentes «que sacan una elevada renta de su patrimonio».

Pero nadie admitirá que se saque una renta elevada de un patrimonio de 7.200 y hasta de 38.000 francos. Bernstein no habla aquí de gentes que sacan una renta elevada de su patrimonio; entiende por propietarios, no sólo los capitalistas, sino también las clases medias y la pequeña burguesía. En efecto, dice:

«Si la clase obrera se propusiera esperar hasta que el *capital* haya hecho desaparecer á las clases medias, aún podría echar un largo sueño. El capital expropiaría estas clases bajo una forma, para insuflar una nueva vida en otra.»

Y dice en otro pasaje:

«La escala de las rentas y la escala de las empresas revelan en su gradación un paralelismo bastante claramente caracterizado, sobre todo en lo que concierne á los grados medios. En ninguna parte comprobamos una disminución de aquéllos, sino, por el contrario, casi siempre una extensión; lo que les quitan por arriba lo completan por abajo, y de lo que se les cae por abajo se desquitan por arriba. Si el desquiciamiento de la sociedad moderna depende de la desaparición de los escalones medios entre la cima y la base de la pirámide social; si este desquiciamiento tiene por condición formal la absorción de estos escalones medios por los extremos superior é inferior, entonces su realización en Inglaterra, en Alemania y en Francia no está actualmente más próxima que en una anterior época cualquiera del siglo XIX.»

Esta frase está evidentemente en contradicción con la del *Manifiesto comunista*: «La sociedad entera se divide cada vez más en dos grandes campos hostiles, en dos clases directamente opuestas: la burguesía y el proletariado.» Pero también es incompatible con la asimilación de los propietarios y de los capitalistas, si éstos y los proletarios aumentan al mismo tiempo relativamente, porque semejante aumento sólo puede producirse á expen-

sas de las clases medias y, por consiguiente, en las condiciones señaladas por el *Manifiesto comunista*. M. Oppenheimer se esfuerza en el *Sozialistische Monatshefte* en auxiliar á Bernstein y declara que es preciso distinguir entre la producción y el reparto de las riquezas. Dice que el número de obreros asalariados aumenta, pero que dejan cada vez más de ser indigentes oprimidos, y que en este sentido debe entenderse la frase de Bernstein sobre el aumento de propietarios: «El paralelismo que existe entre estos dos elementos (producción y reparto de las riquezas) se ha hecho un artículo de fe; y ahora que Bernstein niega este paralelismo fundándose en un montón colosal de cifras (y esta es la piedra angular de su argumentación) se le opone como prueba este dogma comprobado.» Ya estamos en presencia de una tercera interpretación del aumento de propietarios. El mismo Bernstein los asimila de cuando en cuando á los capitalistas; en otros pasajes de sus obras designa de este modo á las clases medias; en fin, Oppenheimer opina que él entiende por tal el aumento del bienestar de los obreros asalariados. Ver un aumento de propietarios en la subida de los salarios es evidentemente un punto de vista original. Bernstein dice también en otra parte, que las personas que cobran una renta elevada, no todas son propietarias; pero admitimos que se pueda interpretar ciertos pasajes de las obras de Bernstein en el sentido indicado por Oppenheimer.

No podemos decidirnos abiertamente por ninguna de estas interpretaciones, porque estamos seguros de que de todos modos Bernstein nos reprocharía de no entender y desnaturalizar sus ideas.

En efecto, nos parece que en estos diferentes pa-